

nuevo algo que no podía decirse de pronto si era cuerpo de hombre ó de mujer, prorrumplía en rugidos de entusiasmo.

Y estaba ya la gente satisfecha pensando en que, por grandes que las pérdidas materiales fueran, nada había ya que temer, ni desgracia, al fin, de que dolerse, ya que las personas se habían salvado todas; cuando de pronto, una mujer, volviendo del letargo en que estaba desmayada:—¡Mi hija!—gritó desde la calle, clavándose las manos en las sienes, con una voz de espanto, de esas que parece que rompen las entrañas.

Un rujido inmenso, como si el mar infinito se quejara, contestó, como un sólo grito, á la angustiada voz. Hasta los que más cerca del incendio huían del calor, que ya no se podía resistir, sintieron algo así como un chorro de hielo por la espalda.

—¡Salvadla! ¡salvadla!—gritaron mil voces después. Pero ¿quién iba á salvarla, si ya el palacio era el brasero de un montón de llamas?

Pues, cuando oyó aquel grito, Juan, pensando en un hijo á quien quería con locura, como quieren á sus hijos los padres que los quieren, cogiéndose á los hierros encendidos de una reja, trepó por un balcón, enarbolando el hacha, y se hundió en aquellas olas de fuego, apartando las llamas con la mano, mientras que, presa de una angustia mortal, lo miraba la gente de la calle con ese horror indefinible y mudo que agranda los ojos y hace brotar la sangre de las venas y media en la garganta nudos de hierro.

Pasaron muchos siglos en dos minutos.

—¡No se vé!... —¡No es posible!... —¡Morirá!... —¡Cuánto tarda!... —¿Qué es aquello?... —¡Aquella sombra, aquella sombra que se ha movido ahora!... —¡Es él! ¡Pronto!... —¡Y lleva en brazos á la niña!... —¡Pronto! ¡Pronto!... —¡Salvadlos, Virgen Santa!... ¡Al fin! ¡Ya se han salvado!...

Se han salvado y nunca se han llorado tantas lágrimas de alegría en una noche sola.

Curaron al buen Juan las heridas, lo llevaron entre amigos y extraños á su casa, y después de abrazar á su mujer y besar á su hijo, aunque le atormentaba cruelmente el dolor de aquellas llagas malditas, se durmió, al fin, y fué feliz soñando, el pobre, que á su hijo en un incendio lo salvaban.

II

Ha muerto el buen Juan. Nó de aquella, por supuesto: después de mucho tiempo y de una enfermedad que nada tenía que ver con aque-

llas quemaduras. Su mujer ha muerto también, y, ¡claro! el chico anda por esas calles pidiendo limosna, hasta que le llegue el tiempo de ser hombre, si trabaja.

Ayer, sin conocer á aquella niña á la cual su padre salvó de las llamas aquel día, que, por cierto, es una mujer hermosa que arrastra coches y luce joyas riquísimas, se acercó á pedirle una limosna y le rozó la falda al tender la mano, y dijo ella apartándose con asco:—¡Cuánto pobre! ¡Qué gente más pesada!

MARCIAL DE LOS RÍOS.

EL AURA DEL AMOR

Al beso del aura derraman las flores
Sus copas de olores
Con suave candor;
Y llenos de aroma, de vida y consuelo,
El bosque, la tierra, la brisa y el cielo,
Exhalan perfumes de paz y de amor.

Y es pura y es santa la esencia primera
Que vierte hechicera
La tímida flor;
Como es inocente la lágrima pura
Que brilla en los ojos de casta hermosura
Al beso primero del aura de amor.

La cándida niña, donosa, inocente
Que mira en su frente
Brillar el pudor;
Suspira y ansia sentirse inspirada,
Y en sueños divinos verter perfumada
La esencia primera del aura de amor.

Y en dulces delirios mirar seductoras
La vida y las horas
Rodar sin dolor,
Cual ruedan sencillas en noches de estío
Las ondas ligeras del diáfano río
Al leve suspiro del aura de amor.

El ave nos brinda sus nítidas plumas,
El mar sus espumas
Las flores su olor;
La tierra sus galas brillantes y bellas,
Y el cielo sus nubes y blancas estrellas,
Antorchas divinas de paz y de amor.

Empero, ¿qué fueran sus castas dulzuras,
Sus lágrimas puras;
Su eterno fulgor...
Si nunca vinieran en rápidos giros
Vertiendo ligeras sus dulces suspiros
Las cándidas alas del aura de amor?...